

PRÓXIMO NÚMERO:

La sublime producción  
cinematográfica

## LA PEQUEÑA PARROQUIA

Adaptación de la famosísima obra  
del insigne novelista francés  
ALPHONSE DAUDET

Protagonistas:

ITALIA ALMIRANTE  
AMLETO NOVELLI  
ALBERTO COLLO  
ORESTE BILANCIA

Postal-fotografía:  
BEBÉ DANIELS

Sale todos los miércoles  
Precio: 25 céntimos

E. VERDAGUER MORERA.-TOPETE, 16.-TARRASA

# La Novela Semanal Cinematográfica

N.º 64

50 cts.



LA SIN  
VENTURA

por  
Suzanne Légrand

FilmoTeca  
de Catalunya



**LA NOVELA SEMANAL  
CINEMATOGRAFICA**

---

Redacción { Gran Vía Layetana. 17  
Administración { Teléfono, 4423-A  
BARCELONA

AÑO II

N.º 64

---

---

**LA SIN VENTURA**

Adaptación cinematográfica de la su-  
gestiva novela del eminente nove-  
lista español EL CABALLERO AUDAZ

---

**Protagonista: Suzanne Legrand**

---

Hispania Film

Concesionario: M. DE MIGUEL

(LA ARISTOCRACIA DEL FILM)

Consejo de Ciento, 294 pral.-Barcelona

---

Argumento de la película de dicho título.



# LA SIN VENTURA



A la puerta de un *music-hall*, varios carteles atraían las miradas más frías, pues en ellos reinaba triunfadora la silueta de una mujercilla perversa que con sus cabellos áureos deslumbraba á los hombres y con sus dientes blancos podía mascar fortunas... pero en sus ojos flameaba el alma de una pobre mujer, cuyas lágrimas hablaban de un corazón incomprendido.

En el mundo equívoco del escenario era rey



y señor el vejete don Julián, empresario sonriente que sabía repartir consejos, caramelos y pellizcos inocentes... y cortejar platónicamente á la doncella de la estrella del *concert*.

Esta, la estrella, se llamaba Margarita Reyes, pero uno de sus poetas admiradores la bautizó con el nombre de *Ambarina*... De ámbar parecía su piel...

*Ambarina* entró en su camarín y sorprendió al tenoriesco empresario piropeando á la doncella.

—¿También da caramelos á mi doncella, don Julián?—le preguntó.

—¡*Ambarina!*— exclamó el vejete —¡Yo sé adorar á los santos por la peanal!

Y se rieron un poco...

La sala estaba llena de un público abigarrado y heterogéneo... En las butacas, señores graves de empaque señorial... En las galerías altas, hacinamiento de menestrales, golfos, muchedumbre ruidosa y vocinglera.

Antes de salir á escena, *Ambarina* recibió una carta y palideció sin rasgar el sobre...

Bajo las sedas del traje, en el corazón de toda triunfadora, hay un nombre que es una mancha...

*Ambarina* murmuró para sí:

—¿Qué nueva villanía me propondrá hoy en su carta?

Era de Julio... ¿Quién sino él podía tener el valor de proponerle «buenos negocios»?

Y *Ambarina*, la diosa de la lujuria que atraía á la masa rugiente de los viciosos espectadores, sentía asco de todos y de todo. Hasta de ella misma que no sabía olvidar á su amante, el hombre que la presentaba á amigos ricos para que dejasen entre sus manos su fortuna, su honor...

Mientras ella, la codiciada artista, pensaba en su infortunio, en un palacio se tarifaba su belleza...

Emilio Rendón, tipo vulgar, bastote, extravagante, enriquecido en la Gran Guerra, hombre que no había aprendido á tener dinero, era el dueño del palacio...

Julio Monreal, amante de *Ambarina*, chalán de frac, chulo con gestos de caballero, educador de mujeres galantes, había sido invitado por Emilio Rendón, y jugaba con él á los naipes, ganándole la mayoría de las jugadas por procedimientos tan innobles como notablemente limpios.

*Ambarina*, pensaba en aquel que sólo la quería para explotarla... Aquel «caballero» más despreciable que los «chulos» del arroyo...



Y repetidas veces hubo de llamarla el *régisseur*, correveidile de bastidores, bohemio fracasado, autor de *couplets* famosos, tiranuelo de las mujercitas del *concert*, para que saliera á escena...

En el público se veían rostros brutales, congestionados, ojos brillantes por la fiebre del deseo, manos nerviosas dispuestas para templar el ansia de estrujar, de la caricia obscena.

*Ambarina* era la chula—señorita... ¡Qué contrastaba su voz cristalina con las obscenidades de la canción!...

Emilio Rendón y Julio Monreal abandonaban en aquel momento el palacio del nuevo rico, y se dirigían hacia el *music-hall*, para recoger á la estrella.

Y, la excelsa, tras las ovaciones, quedaba vencida, muerta, como desgarrada por las miradas de lujuria que habían quemado su cuerpo.

En su camarín, no quería recibir á nadie... Pero al oír la voz de Julio, la puerta abrióse, y entraron en el perfumado cuarto de la artista, el «caballero» y el «recomendado». Julio, con corrección impecable, presentó Emilio á *Ambarina*:

—Mi amigo, el millonario Rendón, que nos honra invitándonos á cenar esta noche.



*Ambarina* era la chula-señorita.



El aludido, dirigió á su manera esta fineza á la hermosa:

—Saludo en usted al arte de la canción española dicha por los labios más tentadores de la tierra.

Y fueron al *Alhambra Palace*, el *cabaret* de moda donde todos eran á envidiar y reverenciar á la mujer galante.

Tomaron un reservado. Y Julio hizo este encargo al camarero:

—Antes de acabar la cena llámame con cualquier pretexto.

Hasta sus oídos llegaba la algarabía de jazz-band, champaña, locura, fuego que ciega la razón y quita los antifaces que la cortesía pone á las pasiones, pero *Ambarina* estaba triste, á pesar de las amenazadoras miradas de Julio para que alegrase su rostro, y le repudiaba el bastoté millonario, que comía con descarada ordinareiz, y, en el espíritu de la deseada, brotó, bajo la apariencia señoril, el pasado repugnante de aquel hombre...

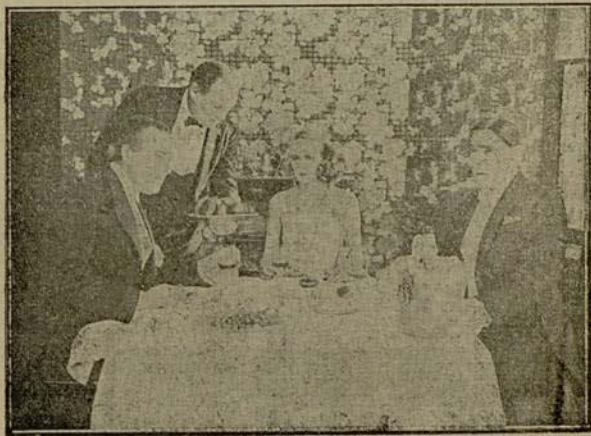
El camarero cumplió el deseo de Julio, llamándole oportunamente, so pretexto de que alguien le pedía al teléfono.

Una vez solos *Ambarina* y Emilio, el estúpido asedio empezó...

—¿Quiere usted que brindemos por nuestra

amistad de hoy... por nuestro amor de mañana?

*Ambarina* soportó cuanto pudo las atrevidas



Tomaron un reservado.

insinuaciones del ricacho, pero pronto tuvo que llamar al orden al incorrecto galanteador, que de la cortesía sin distinción, pasaba á la ofensa del atrevimiento.



*Ambarina* levantóse de su silla, y, resentida, le objetó:

—¡Respéteme!.. ¡No soy lo que usted se figura!.. ¡No soy tan fácil como su amigo le ha hecho comprender!

Desconcertado, el millonario, disculpóse así:

—Perdón... *Ambarina*... Fué su belleza que me excitó y enloqueció...

—Lo que usted dice es la verdad... Estoy sola á merced del que explota mi belleza... Si es verdad que me quiere... ¡cómprame delante de él!.. ¡De hombre á hombre!.. ¡A ver cuál de los dos es más villano!..

—Señorita... Fueron las libertades que él me dió las que me hicieron cometer esta torpeza.

Julio volvió en este momento. Al ver de pie á *Ambarina*, le preguntó hábilmente:

—¿Ya estás cansada de alegría?

*Ambarina*, sin ocultarle su enojo, aunque reprimiendo su justa cólera, le replicó:

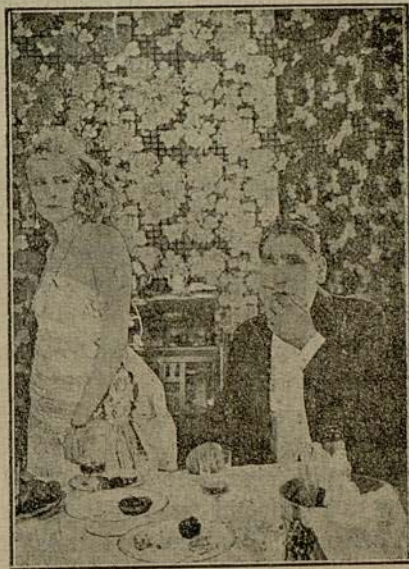
—Sí, Julio... ¡El amigo que me has elegido para esta noche, no es de mi gusto!

Entonces Julio, para no perder al «interesante» amigo, sonrióle á éste, y dándole unos golpecitos en la espalda, le dijo:

—Amigo Rendón... Perdónela! Hoy la excelsa tiene los nervios de punta.

De modo que se marcharon del *Alhambra*

*Palace*, cuyo público galante no adivinaba la tragedia de la mujer de la cabellera de oro.



—¡Respéteme!... ¡No soy lo que usted se figura!..

*Ambarina* y Julio regresaron á su casa, despidiéndose, pues, de Rendón, confiando Julio



poder deparar al millonario una mejor ocasión para captarse la simpatía de la encantadora canzonetista.

En su hogar, ó, mejor, en su retiro, los dos amantes guardaban el más completo silencio.

Julio parecía más tranquilo, mientras que *Ambarina* sufría atrocemente, asomándose al borde de sus ojos las perlas de su alma...

Y, fatalmente, el silencio de *Ambarina* era cada vez más hostil... El odio nacía en las ruinas del amor muerto.

Quería hablar, lanzar las injurias que quemaban sus labios, pero temblaba ante el amado, el temido...

Julio era el domador á quien todavía le duelen los desgarrones que en la piel le hizo en un día de furia su más dócil pantera.

Sin miramiento alguno, agraviado por la rebeldía de *Ambarina*, Julio le preguntó:

—¿Qué te ha pasado esta noche para ser tan grosera con un millonario que "nos" convenía?

—¿Que "nos" convenía?... ¡Y eres tú quien me lo dice!... —exclamó *Ambarina*— ¡Eres lo que nunca quise decirte! ¡Lo peor que puedes figurarte!

Julio quería obligarla á callarse, á someterse á su superioridad, mas ella ya no podía es-

cucharle y le echó en pleno rostro su proceder infame:

—¡Chalán de honras!... ¡Vividor de mujeres sin ventura!

Julio la castigó pegándole en la cara, mandándola á rodar al suelo, donde ella quedó inerte, callada, fría, el alma acongojada por el amor que se fué...

Y evocó su vida de dolor, su caída de unos brazos á otros, sin encontrar un poco de amor en sus días sin ventura...

Mientras tanto Julio, como si no hubiera pasado nada, se tumbó en una *chaise-longue* para reponer sus «energías».



*Ambarina* recordó la miserable casa de los barrios bajos en que vivía en sus tiernos años, en uno de esos barrios donde las gentes se hacían para defenderse de la miseria;

A su madre, que era una furia, terror de vecinas y compañeras de lavadero;

A su hermanito, un zagalón inútil para el trabajo á consecuencia de su innata gandería.

Atraído por la gracia infantil de Margarita, acudía á su hogar un golfillo, doctor en picardías y decires chulones.

—¡Hay que ver lo que se escribieron!—les dijo un día á ella y á su hermano el tal amigo—...¡Aquí pintan eso del amor con *toos* sus detalles más *sicalíticos*.

Y el veneno de la tentación sembró la semilla del vicio...

¡Juventud!... ¡Primavera!.. ¡Afán de volar!..



..A su madre, que era una furia...

Margarita era como la flor que nace al borde del camino... Sólo esperaba la mano que tronchase su tallo...

El amigo de la casa supo aprovecharse un



día de la soledad é ignorancia de la muchacha, y abusó dolorosamente de ella.

Consumado el nefando delito cayó al suelo, rompiéndose en mil pedazos, como si ello fuera provocado por el peso de su amargura, la efigie de la Virgen pura de los sueños infantiles que había en el comedor.

¡Así despertó, la sin ventura, de su primer sueño de amor!

Y la hija de la calle cursó la carrera de la golfilla.

Y fué la flor de la picardía de las aceras.

Y fué maestra en el arte plebeyo de la respuesta pronta é intencionada, gloria y prez del golfillo madrileño.

Fué modistilla... Y todas sus ambiciones se reducían á desear las bellas ropas que cosía, aquellas maravillas de sedas y encajes que trabajaban sus manos para otras mujeres.

Ricardo España, noble corazón, viejo galante, profector de ensoñadoras que le ayudaban á evocar los días felices de su tenoriesca juventud, vió á Margarita, una tarde, en el momento en que, detenida frente á un escaparate de lujosa zapatería, contemplaba con ilusión unos zapatos preciosos.

Don Ricardo se acercó á la gentil modistilla

y con una gracia peculiar le murmuró por lo bajo:

—¡Vaya unos piés bonitos para calzar esos zapatos!



... Fué modistilla...

—¡Ganas que tiene una de ponerse los dientes largos!



Y, Margarita, conoció el amor que regala zapatos y medias de seda.

Pero una tarde el protector no fué á la cita y le mandó al café donde se reunían, una carta explicándole el motivo.

Era ya tarde para ir al taller... y para matar el tiempo hasta la noche Margarita se fué á pasear por los jardines públicos.

Un pintor, al verla, la dirigió este piropo: —¡Que me hablen á mí de todas las bellezas muertas que están encerradas en el museo!

El elogio, muy pintoresco, hízola sonreír y el pintor se dispuso á seguirla.

¡Cielo de primavera, tarde de Madrid, qué más para iniciar el idilio!

La caída empezó con un traspies...

El pintor, muy solícito, acudió á ofrecer su ayuda.

—¡Apóyese en mí! ¡Soy el mejor pintor de la tierra!... ¡No lo creen las gentes, pero lo soy!

El carácter llano del artista gustó á Margarita, y el diálogo entrambos se hizo cada vez más animado y salpicado de malicia.

—Más que de pintor tiene usted la cara de gitano—le dijo Margarita en franca risa.

—¡Y gitano soy!... ¡Por este montón de duros acabo de vender una copia de la maja de Don Francisco... La desnuda... Han *dao* tan poco

que no he tenido para comprarle ropa! ¡Y bendito sea el marchante, pues sus duros van á ser para merendar con la modista más chula y más guapa de Madrid!

Eran los dos, jóvenes... y el imán poderoso de esa edad fué lo que hizo aceptar á Margarita la invitación del pintor.

Y fué en la Bombilla... Comieron opíparamente, rociando los platos de buen vino... Bailaron luego... El roce de sus cuerpos los enterneció para el idilio... Las palabras amorosas del pintor le supieron á gloria á Margarita, y, ésta, por vez primera, se olvidó aquella noche de las señas de su casa.

Vivió algún tiempo, un mes, con el pintor, pues al cabo de esos días ya la había cansado la vida desequilibrada que con él llevaba. ¡Estaba harta de sardinas en lata!

El instinto estomacal guió los pasos de Márgara en busca de don Ricardo.

Lo encontró en el café que acostumbraba frecuentar.

Estaba con un amigo.

Ella le dijo, en broma:

—¡Ya me caí de mi nube azull

Don Ricardo la recibió con su afabilidad habitual y presentó á los dos:



—¡Margarita, la más traviesa de nuestras modistas!

—¡Julio Monreal, hombre de porvenir!



... Las palabras amorosas del pintor...

Para celebrar la presentación, Julio invitó a don Ricardo y a Mágina a comer en su piso de soltero.

Se aceptó la fineza. ¡Mágina podría desquitarse de las privaciones sufridas!

Durante la comida, el hombre galante empezó el asedio ante la mujer nueva.

Don Ricardo España, viejo y cansado de luchas mundanas, abandonó la partida... Dijo así a Julio, con suma naturalidad:

—Amigo Julio... He vivido lo bastante para comprenderlo todo. A ti te gusta esta muchacha... Yo no soy más que un contemplador de la felicidad ajena... ¡Tengo el corazón muy gastado, demasiado seco, para enamorar muchachas de veinte años!

Se marchó.

Una vez solos Mágina y Julio, éste empezó su educación, cual si estuviera convencido de que ella ya era su alumna.

La primera lección consistió en la demostración de cómo se monda, con la ayuda del cuchillo y del tenedor, el plátano, operación que Mágina hacía con los dedos.

—¡Margarita, simpática salvaje—la dijo—, yo te enseñaré á ser la mujer más deliciosa de la tierra!

Los halagos del mundano determinaron á Mágina á escuchar sus consejos... y al cabo de un año ella era la más deseada de las mujeres galantes.



Y Julio seguía siendo el caballero de industria que disfraza sus timos elegantemente.

Una tarde, Julio, dispuesto á sacar el mayor provecho posible de su belleza, dijo á Margarita:

—¡Para triunfar en la vida te falta un pedestal.. ¡Tú serás artista!..

¡Lo fué!.. Para triunfar le bastó mostrar su piel de ámbar y decir graciosas atrocidades con sus labios de tentación...

Y la llamaban todos *Ambarina*...

\* \* \*

Julio, dormía indiferente á la catástrofe de la pobre alma torturada... Ella le odiaba por haber torcido su vida... Ella quería ser lo que hubiera sido sin conocerle: buena ó mala, pobre ó rica, santa ó mujer del arroyo.

Amanecía... Aquel era su aire: el aire frío y limpio de su infancia; el aire de la calle, soplo de libertad que nada era bastante para comprar.

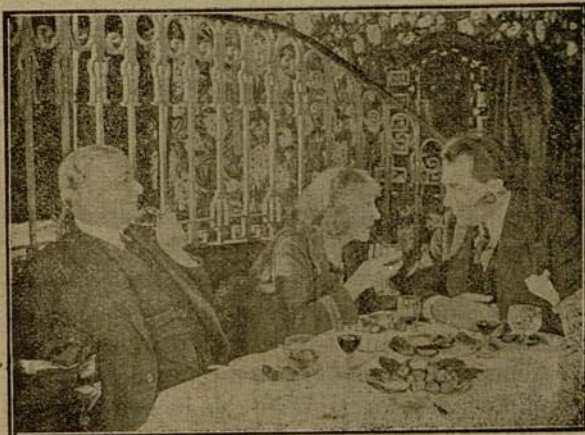
Y *Ambarina* exclamó:

—¡Yo volveré á ser como antes!.. ¡A ser «yo misma»!.. ¡Sola y libre!.. ¡Sin el disfraz de mis lujos que me aislan!.. ¡Sin esta frialdad de mi casa sin amor!

Abandonó, resuelta á no pisar jamás su umbral, el retiro de su falso amor.



Don Ricardo España, recluso por sus achaques, vivía solo como un Tenorio viejo, caballero y arrepentido.



Durante la comida, el hombre galante empezó el asedio...

*Ambarina* fué á visitarle, y su presencia en su casa sorprendió á don Ricardo.

—¡*Ambarina!*— exclamó él—. ¡Diez años

sin verte!.. ¡La vida nos ha separado!...¡Tú, cada día más bella, más famosa, más triunfadora! ¡Yo, cada día más viejo, más fracasado, más ridículo!

¡Cuán ajeno estaba don Ricardo á la verdadera situación de *Ambarina!*

Y, *Márgara*, le fué relatando los dolores de su alma, sus repugnancias materiales, la sensación de soledad que la cercaba entre sus tarifadores...

—A él (se refería á Julio), no le quiero— decía—; me vende, me explota... Estoy sola... Mi madre murió agobiada de miseria... Mi hermano fué á América en busca de aventuras... Aconséjame tú que eres lo único noble que he conocido... Yo quiero rehacer mi vida, vivir en paz. Quisiera ir donde nadie me conociera, donde pudiera ser una de tantas mujeres que viven un poco para su alma...

—¡Feliz tú, *Márgara*, que tienes esperanzas!... En un rincón de la sierra andaluza existe mi pueblo, *Valdeflores*, que es un refugio para los afligidos y un sedante para los atormentados del alma... ¿Pero te resignarás tú, la célebre *Ambarina*, á desposarte con la humildad y el silencio?

*Márgara* le confirmó que estaba dispuesta á todo con tal de olvidar sus errores pasados.



Don Ricardo comprendía á Mágina porque él también sintió, aunque tarde, el abandono en que vivía, la falta de ese calor de un hogar propio, y la dijo:



—A él (se refería á Julio), no le quiero — decía —; me vende,...

—Mi consejo es bueno, Mágina. Trasládate á Valdeflores. Renuncia á tí misma... No aceptes amores de los hombres... Dí que debes luto

eterno á tu marido, un militar muerto gloriosá y humildemente en tierras de Africa...

Mágina, decidida á enclaustrarse entre las blancas casas del pueblo de su antiguo protector, dijo á éste:

—Toma mis joyas... Véndelas... Con este dinero y los ahorros que me ha respetado Julio, podré vivir sin escaseces... ¿Por qué no me acompañas á tu rinconcito?—le preguntó luego, en un arrebato pasional de esperanza.

—No, Mágina — la contestó, agradecido, don Ricardo —, pobre niña. ¿A qué engañarme ni engañarte? Yo ya no tengo redención; soy un incurable. ¿Para qué juntar mi vida, desengañada de todo, y tu vida, que sabe soñar?... Para mí una mujer como tú sólo puede ser una hermana de la caridad...

Y conduciéndola en delicado abrazo ante el espejo, se miraron juntos en él.

—¡Quién había de decir que á los dos nos juntarían nuestras almas!—exclamó don Ricardo—. Pero nos separa el tiempo... Tú en lo más bello y mejor de tu vida, con los ojos brillantes y los labios encendidos... Para mí... ¡todo se acabó!

El capital y las joyas de *Ambarina* fueron puestas á nombre de Margarita Reyes, la bur-



guesita que allá en Andalucía, buscaría lenitivo á sus dolores de la fantástica viudez...

Y, Margarita, dejó atrás su vida de pecado, de triunfo, de miseria y escándalo, la ciudad querida y odiada, el monstruo devorador de vidas y de ilusiones, sin pena, como el pájaro que cambia por el aire libre su jaula de oro.

Hogar sin calor, altar sin sagrada imagen. *Boudoir* sin muñeca de carne... Así quedó el pisito de *Ambarina*, aquel delicioso refugio de la galantería, donde cada *bibelot* evocaba un recuerdo de amor... de placer... de vicio...

Julio, desesperábase por la fuga de «su mujer», en tanto que el expreso llevaba á la sin ventura á las tierras de jaspe verde, á la orgía de color y de luz de la tierra andaluza... Córdoba...

*Ambarina* hubo de cambiar de tren... ¡y qué temor el suyo á ser reconocida, á ver en las miradas de los hombres que adivinasen, bajo sus tocas, su verdadera personalidad.

... Y quiso el destino que también á Valdeflores fuese un hombre, Carlos Ortega, joven, soñador, estudiante de medicina, cordobés uno de esos herederos de aquella raza aventurera y soñadora que amaba la molicie del harém y el trágico olor de la pólvora en sus correrías por tierras de cristianos.

En la estación de cambio de tren fué donde Carlos vió á Margarita... y, asombrado, descubrió en ella un parecido maravilloso con la Virgen Patrona de Valdeflores, por rara coincidencia Santa Margarita, subyugándole la dulce expresión de su blanquísimo rostro.



\*  
\*\*

Carlos Ortega subió en el mismo compartimiento que Margarita, sentándose frente a ella.

Por la ventanilla entraba una silvestre fragancia de azahares.

Margarita no podía evitar las miradas de Carlos y deseaba llegar pronto á destino ó que él se apareara cuanto antes.

Al llegar á una estación de parada, Margarita asomóse á la ventanilla y preguntó á un empleado que estaba en el andén:

—¿Faltan muchas estaciones para llegar á Valdeflores?

—El pueblo que viene es por el que usted pregunta, señorita—la respondió el empleado. El tren reemprendió su marcha.

Carlos Ortega, que había deseado encontrar

una ocasión para dirigirle la palabra á Margarita, se asió á la casualidad de ir los dos al mismo punto.

Y la dijo:

—Perdón, señora... ¿Va usted á Valdeflores?... Como yo soy de allá por eso pregunto para ofrecerme á servirla. ¡Va usted al pueblo más bonito de la tierra!...

Iniciada la conversación, á la cual no pudo Margarita sustraerse sin riesgo de que el joven la creyese orgullosa, Carlos prosiguió, muy animado:

—Es un puñadito de casas blancas rodeando una torre... Cada palmo de tierra es un jardín... Sólo faltaba su cara de usted para ser lo más delicioso de la tierra.

Margarita agradeció la galantería, sonriendo, con una sonrisa resignada, seria.

—¿Tiene usted parientes allá?—la preguntó Carlos.

—No... Soy viuda... Margarita Reyes es mi nombre... Mi esposo murió en Africa y he elegido ese retiro para reconfortar mi espíritu...

—¡Margarita!... Va á dar envidia á la patrona de Valdeflores... Santa Margarita se llama... y como usted es rubia y tiene el cabello de oro... Se lo dice á usted Carlos Ortega, un criado de usted desde este momento...





—¡Márgara, simpática salvaje—la dijo—, yo te enseñaré á ser la mujer más deliciosa de la tierra!



Y Carlos la contemplaba con unción, como á una virgen hecha mujer por un milagro de ensueño.

Poco después, llegaron á Valdeflores. Se separaron en la estación como buenos compañeros de viaje.

Margarita alquiló una casa blanca, perfumada, alegre...

Y fué su vida una vida ejemplar de mujer educada en la virtud, la humildad y la oración.

Carlos Ortega era el heredero de un rico cortijero andaluz, y durante su reposo estival le placía dejar los libros y correr por los dominios entre pastores, mayores y labriegos.

El espíritu aventurero de la deseada moría en su blanca casa y nacía una mujer nueva.

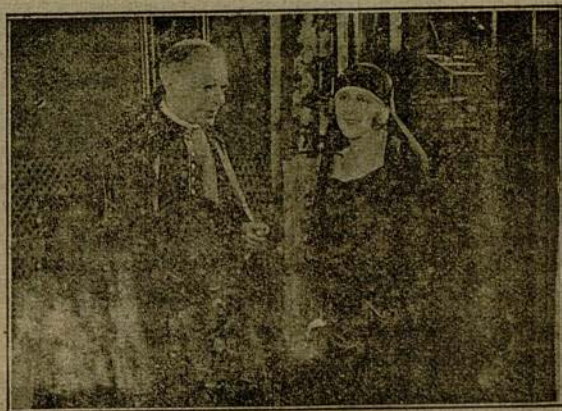
Los pobres que acudían á su paso y cuyas manos siempre eran colmadas de limosnas, almas soñadoras con el milagro, creían que aquella mujer era como encarnación de una Santa que el Señor envió á la tierra para calmar sus desventuras.

Y, aparecía, á sus ojos, como la Santa del Sagrado altar que á ellos se acercaba.

Su paso por la ciudad era pleno de recato.

Pero hasta su rincón la perseguía su pasado. ¡En una tienda, en sitio muy visible, ha-

llábanse expuestas varias postales de artistas de la capital, y su retrato no faltaba en aquella colección de mujeres hermosas!



Y fué su vida una vida ejemplar de mujer educada en la virtud...

Sin vacilar entró en la tienda y compró las dos únicas postales suyas que había en ella...

De regreso á su hogar, tras breves momentos de contemplación de su pasado, Margarita



echó al fuego las fotografías que podían haberla delatado, y así murió el último recuerdo de su vida de antaño...



De regreso á su hogar, tras breves momentos...

Unos días más tarde, Margarita dirigió la siguiente carta al caballero Ricardo España:  
*"...te escribo cuando ya mi vida está orga-*

*nizada.... ¡Ahora vivo para mí!... Tengo unas ganas locas de que pase el tiempo, meses, años.... Ya no me acuerdo del rostro de los señores de primera fila, ni de.... ¿Para qué nombrarlo?... Soy tan feliz.... Fui á Córdoba.... Durante mis días de Córdoba me acordé de aquella balada alemana: «Los muertos van de prisa». Ambarina murió.... Ya nadie se acuerda de mí.... Viví unos instantes de deliciosa soledad en el Patio de los Naranjos.... ¡Y cómo me acordé de un compañero de tren!... Pero mi corazón no puede decir nada!... Y pensar que ese hombre ha sido el primero que me ha mirado con respeto!*

*Esta es la única nube que en el cielo azul de Valdeflores encuentra tu amiga*

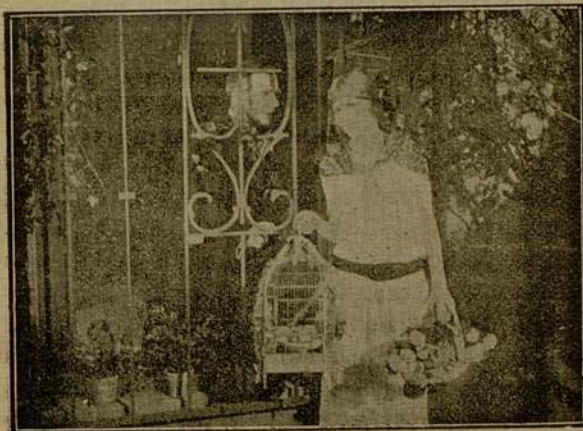
*Margarita."*

La sombra de aquel amor puro ofrecido tarde ante el corazón de la pecadora era como un triste presagio.



gara, sintió especial predilección por aquella su tan maravillosa hija espiritual.

Como otras veces, el cura fué un día á su



El vicario don Florencio, cura de Valdeflores, movido por los actos de caridad...

Cayeron las tocas de luto.

Un año secó las lágrimas de la viudez quimérica. Mágara se sentía niña y buena. En ella renacía el amor para todas las cosas bellas de la naturaleza.

Entretanto, en la azarosa vida de Madrid, Julio buscaba dinero en las empresas de teatros galantes.

¡Qué golpe si encontrara á su *Ambarinal*...  
¡Ella sola llenaría el teatro centenares de noches!

Y, afanoso, preguntaba á todos sus amigos por la desaparecida.

El vicario don Florencio, cura de Valdeflores, movido por los actos de caridad de Már-

gara, no á por flores, sino á por su nombre para presidir á las damas de la Caridad de la parroquia.



Ella no aceptó tal honor, y el sacerdote se alejó atribuyendo la negativa á una nueva virtud.... ¡Caritativa y humilde!... ¡Era una Santa!

Carlos Ortega, en vacaciones veraniegas, fué á rezar su idilio ante la reja soñada.

—¡Bendita sea la hora en que veo de nuevo á mi Santa Margarita!

Ella sintió en su alma alegría por el regreso de Carlos, pero, fiel á sus ansias de redención, acalló su sentimiento.

—¡Haga usted á este pobre la caridad de una mirada!—insistió Carlos, suplicante—. ¡Que también hay pobres que no piden en la puerta de la iglesia!

Pero ella no podía escuchar....

Para vivir en paz había de renunciar á aquel humano y primer amor de su alma. Era el martirio de la pecadora... el precio de su redención.

Carlos alejóse, pues, de la reja bendita, cabizbajo y más lleno de respetuosa pasión por la misteriosa inaccesible mujer.

A falta de otro amor, que no podía gozar, en el alma de la torturada nació el amor al hogar.... ¿Por qué no habría nacido en el pueblo para querer á Carlos y poblar aquellas alamedas de ángeles juguetones?

Por eso llamaba á su lado á los pobres sin ventura, y á los viejos que nunca supieron de una mesa bien servida.

Carlos presenció desde la verja del jardín el banquete que daba Margarita á sus protegidos, y con aureola de Santa la vió el enamorado.

Ella, sorprendiéndole allí desde lejos, se sintió atraída por su mirada de pasión, y corrió á su encuentro.

—Vuelvo á mis estudios Margarita—la dijo él— ...Dígame que pensará en mí... que rezará para que no vaya por el camino de perdición que me abren sus desdenes. ¡Compassión, Santa mía, compasión!

Era en vano que Carlos suplicaba. Margarita no le daba esperanzas y lo despedía como una amiga cualquiera y nada más.

Pero los ojos se le perlaron de lágrimas, por toda la dicha y el humano amor, y el sueño de felicidad que se le iban con el sacrificio...

Y le dijo, antes de que se marchara:

—Perdón, Carlos, pero mi voto ante Dios es vivir rezando para el que fué mi esposo...

Sin embargo algo en ellos les impedía separarse ..para no volverse á ver hasta otro año... y el lloriqueo de un angelito, que se había caído en el jardín, alejó el peligro del idilio que no podía nacer, pues Margarita dijo adiós á



Carlos y, recogiendo á la niña, se reunió con sus pobres.

El tiempo se deslizaba mansamente... Otro año pasó... La vida de Margarita se vió turbada por una nueva triste: el cura don Florencio agonizaba en su cortijo de la campiña...

Para ayudar en lo que fuera necesario al santo varón, Márgara dejó su casa al cuidado de una criada, recomendándole no olvidara en su ausencia á sus pobres, y bajo la luz del amanecer fué en busca del que moría bajo el peso de sus virtudes.

La vida resignada del cura de aldea se consumía en el dolor. La visita de Margarita fué un consuelo moral muy grande para él.

Ella le prometió que curaría y el moribundo sonrióse con una sonrisa que equivalía á la exclamación final:

—¡Esta es mi hora, hija!

—¡Volverá á la salud!.. ¿No me llaman Santa?... ¡Pues obligación tengo de hacer milagros!—dijo ella con puerilidad.

—No puedo rezar...—la susurró el cura—. Reza por mí y repetiré tus palabras.

Lo hizo Márgara; y unidos por la fe imploraron el milagro de la salud.

Carlos Ortega, terminados sus estudios llegó á Valdeflores. Su primera visita después de

la de sus padres fué para Márgara, á cuya casa dirigióse. La criada le enteró de lo que sucedía:

—La señorita está haciendo de enfermera al *lao* del cura que se nos muere.

Apenado al comparar el poco caso que Márgara hacía de él y lo bien que se portaba con los demás, Carlos fué al cortijo jaranero donde había buen vino, y bebió con exceso para olvidar. «¡Por qué será para mí tan mala esa mujer!» se repetía.

Y entre los vapores del alcohol sintió como si una voz dulce le llamase lejos... ¡Era Margarita quien, en su imaginación, le hablaba!...

Al día siguiente obedeció á la voz oída y en la sierra vió al viático que con su triste cortejo regresaba al pueblo. ¿Llegaba tarde?..

Impaciente, informóse cerca de un labriego del estado del cura y el requerido le dió esta respuesta:

—¡Muy enfermo está! ¡Sólo un milagro le salva!

Carlos apresuró el trote de su caballo y á poco llegaba á la casa del enfermo.

Márgara, que acariciaba el presentimiento de que él salvaría al cura, le agradeció con toda su alma el haber venido á prestar los servicios de su ciencia.



Por amor á ella, para crecer ante sus ojos, él haría el milagro.

Y el destino los volvió á unir en el silencio de la casa santificada por el dolor.



Y el destino los volvió á unir en el silencio de la casa santificada por el dolor.

Carlos, satisfecho de ver á Margarita, tan buena y tan bella, la dijo:

—¡Voy á salvarlo para no ver más lágrimas en esos ojos!

Margarita dió muestras de gran contento, en vista de las cuales Carlos le preguntó con infinita tristeza:

—... ¿Y usted ansiaba mi llegada sólo para que salvara á ese hombre?

Se le encendió á ella el rostro de sonrosados rubores, y entornando los ojos como una madona contristada, suspiró:

—¡Carlos! ¿Le parece á usted poco? ¿Por qué más?

—¡Pues yo he venido para verla á usted! ¡Porque la quiero con toda mi vida! ¡Que estoy loco, ciego!... ¡Apague usted este infierno que me consume desde que la conocí!

Ella sintió como sus fuerzas se debilitaban, pero aun pudo vencer la voz de su corazón que la ordenaba que amase... y saboreó el sacrificio de no amar.

Julio Monreal, en Madrid, pensaba que todos sus negocios iban mal desde que le abandonó su Mágina... No encontraba artistas para su *concert*...

Perdía en el juego...

Y era que ella era su mascota...

Margarita, vuelta la salud al anciano sacerdote, había regresado á su hogar.



Carlos Ortega, buscaba el olvido á sus amores fracasados, entre gente jaranera, viciosa y alegre. Y bebía hasta llegar la muerte del olvido...

Margarita, en un momento de sinceridad sublime, dijo para sí:

—Todo acabó... Yo no puedo engañarle... Yo no puedo mentir mi vida... Es como mi Dios... y le debo la verdad... ¡Me despreciaría!

En esto, el apenado padre de Carlos Ortega, acompañado del cura visitó á la santa, causando á ésta mucha extrañeza tal visita.

—Señora... Yo he venido porque dicen por el pueblo que usted es una santa que salva á todo el mundo...

—¡Por Dios!...

—... Y vengo á implorarle que salve á mi hijo Carlos.

—Pero, ¿qué ocurre?—preguntó ella, simulando ignorancia.

—Ocurre que desde que usted apareció en Valdeflores mi hijo no tiene día de sosiego... Sávelo usted que ya sabe el mal que tiene... Da pena verlo... se lo pide á usted el padre de ese que se va á morir... que por usted se está matando.

Decidida como estaba á terminar de una vez

aquel suplicio, Margarita exclamó con voz ahogada:

—Pues bien... Yo hablaré con Carlos... Será



—... que usted es una santa que salva á todo el mundo...

—¡Por Dios!...

el domingo, al salir de la iglesia. De lo que hablemos dependerá la felicidad de los dos.

—Gracias, señora... Es usted muy buena—agradeció el padre de Carlos.



Pero también el destino fué cruel. La noche del sábado un hombre vagaba por las cercanías del poblado y, como una sombra, se acercaba á la casa de la arrepentida.

A medianoche Margarita pidió fuerzas á la patrona del pueblo para decir verdad á su galán...

Una esperanza la alentaba en tan difícil trance.

De súbito llamaron á la puerta de su casa. Creyendo era algún necesitado de socorro, abrió la puerta.

¡¡Era Juliol! Margarita no lo reconoció, pues venía embozado.

—¿Qué quiere de mí, hermano?

Julio penetró en la casa, y ya en ella descubrióse el rostro, exclamando:

—¡Ambarinal... ¡Soy yo!... ¡No te asustes!... ¡Vengo en son de paz!

Margarita creyó morir de horror al encontrarse frente al malvado.

—¡Juliol!... No quiero oírte... No tienes ninguna razón para violar mi recogimiento.

—¡Estás guapa... guapísima de verdad—exclamó él, cínico.

—¡No te acerques!... ¡Mátame, si quieres, pero no te acerques!... Me das asco... ¡Por eso te dejé!... Tú no supiste comprender, ni purifi-

car mi alma!... ¡Tú fuiste uno más á tarifarme!

—Los aires del pueblo te han hecho olvidar que yo te conocí perdida—la replicó Julio, apretando los dientes con reconcentrada rabia—. Hoy necesito de tí... Has de venir conmigo. Te necesito para mi *concert*... Piensa que por tí reñí con los míos, desprecié una buena boda... Ven á Madrid á mi lado, á ser lo que eres...

—¡Déjame, Carlos!... ¡Deja que yo me salve!

—¡Márgara!... ¡Si tuvieras dos vidas podrías dedicar una á vegetar en Valdeflores! ¡Pero sólo tienes una, y esa vida me pertenece, es mía!

Margarita se oponía rotundamente á seguir á su ex amante, que exclamó:

—¡No es cosa de que te lleve arrastrando!... ¡Quédate!... ¡Pero yo mañana visitaré á ese mediquillo, á tus amigos, al cural... Sé toda tu vida!...

A la idea de que Julio revelase su farsa á quienes la querían y respetaban tanto, Margarita fué presa de un pánico indescriptible. El notó su desconcierto y con mucha calma prosiguió:

—¡No te descompongas!... No diré ni una mentira!... ¡También seré santo!... ¡Diré á estas buenas gentes que son unos necios, unos idio-



tas que no han sabido reconocer en tí á la popular *Ambarina!*

Y Margarita pensó que todo lo preferiría á que se rompiese el encanto de aquellas buenas gentes de Valdeflores con respecto á su modo de ser.

Por eso contestó á Julio, vencida por él:

—¡Canalla!... ¡Te seguiré de nuevo!... ¡Dios nos mira y sabe lo que este sacrificio me cuesta!... ¡Me voy contigo sin un céntimo!... ¡Vende mi cuerpo que es tu única riqueza, si quieres vivir!

En el misterio de aquella noche Margarita dejó su casa... Allá quedó todo: joyas, trajes, dinero, para que nadie adivinase la huida vergonzosa y todos creyesen en una milagrosa desaparición.

¡Valdeflores! ¡En la sombra se esfumaba su paraíso, el refugio soñado al que no había de volver!

\* \* \*

Al día siguiente los pobres mendicantes en vano esperaban la limosna de la santa...

Y todo el mundo fué á preguntarse qué suerte sería la de la bienhechora.

Entre los vecinos se abrió paso un hombre que daba voces desacompañadas, y habló por sus labios el espíritu milenario y milagrero de la vieja España.

—¡Milagro fué, vecinos de Valdeflores!.. ¡Milagro que vieron estos mis ojos pecadores!.. ¡Anoche yo hacía mi ronda de guarda por las afueras del pueblo, cuando oí que el cielo se llenaba de músicas y cánticos!.. ¡Una luz vivísima salía de toda esta casa!.. ¡Como una nube de humo de luz se elevó hasta el cielo!.. ¡Y



yo me caí sin sentidos y todo lo olvidé hasta ahora!

Cuando el viejo sacerdote entró en la mansión que empezaba á santificar la leyenda, al pie de la imagen de la patrona del pueblo, había una carta para él.

—¡Todo su dinero y sus joyas son para los pobres!— anunció, maravillado, el cura—. ¡Prodigio fué su desaparición misteriosa! ¡Don del Cielo!

Aquellos ojos, por la fe encendidos, vieron el milagro de la encarnación.

Desde aquel entonces, en Valdeflores, creyeron que su Patrona les visitó para dar ejemplos de virtud y socorrer sus necesidades.

En Madrid, la sin ventura fué en busca de Ricardo España, su único amigo, su consejero que podría redimirla.

Pero don Ricardo había muerto la víspera.

Sin amparo de nadie, Margarita, la muerte en el alma, fué otra vez la mujer de moda.

Mas, ya no parecía la misma de antes...

—¡Márgara!.. ¡No cuidas tu arte ni tu repertorio! Otras mujeres van á ganarte el favor del público!—la objetó Julio.

—¿Y á tí, qué?.. ¡Ahora ya te he servido!.. Ahora ya acredité tu teatruchol... ¡Ahora ya

puedo morirme, devorada por el mal que corroe mis entrañas!

Y, *Ambarina*, cayó... Como las pecadoras



...la muerte en el alma, fué otra vez la mujer de moda.

excelsas, cuando se marchitó su carne sólo tuvo á su lado otra pecadora vencida: *La Patética*.

El cirujano consultado emitió su diagnóstico:



— *Ambarina*... Es preciso tener valor... Eso se cura con unos días de hospedaje en mi clínica... Mi bisturí no mata: da la vida... No temas... Procuraré que mi firma rasgue poco tu piel.

*Ambarina* no se opuso á la decisión del Doctor y vivía la zozobra de la espera terrible.

En la clínica moderna, palacio de las luchas de la vida y la muerte, del cirujano de renombre, *Ambarina* recibió una carta de Julio. *La Patética* la leyó por su amiga, á la que informó de su contenido:

— ¡Tu Monreal que se disculpa por no venir á vertel..

Y añadió, tristemente:

— ¡Ahora ya ha sacao lo suyo!

*Ambarina* exclamó, adolorida:

— ¡Ya no le sirvo!... ¡Ya no sirvo para nadie!... ¡Si muero, que no me vea ni muerta!... ¡No quiero la condenación de sus miradas! ¡Ni pensar en él que hasta el nombrarlo hace daño!

Carlos Ortega, cansado de la vida pueblerina, curado de la tristeza que le produjo la huída de Márgara, había logrado una plaza de ayudante en la Clínica del doctor Arroyo.

Llegó á su futuro campo de estudios el día de la operación de *Ambarina*.

El célebre cirujano Evaristo Arroyo, dijo á Carlos:

— ¡Amigo Ortega, debuta con suertel!... ¡Va á ver operar el cuerpo más codiciado de España!... ¡Operamos á la *Ambarina*!

*La Patética* no fué admitida á presenciar la operación de su desventurada compañera.

Sola, muy sola, luchó con la muerte la pobre mujer...

La operación fué feliz.. Cuando llegó el momento de quitar la mascarilla de cloroformo, Carlos creyó estar loco, creyó morir... El corazón le saltó en el pecho, ahogándole con una suprema angustia.

— ¡No, no puede ser! — gimió para sí.

Y dominando todo su ser, no profirió ni una exclamación. Y su dolor se ahincó en su corazón.

Pero sus compañeros notaron su palidez y se apresuraron á socorrerle en un momento en que parecía iba á desplomarse, sin sentidos, en el suelo.

Repuesto ya, aquéllos le dijeron, bromeando.

— ¡No va á servir para operador si le hacen tanto efecto las enfermas guapas!

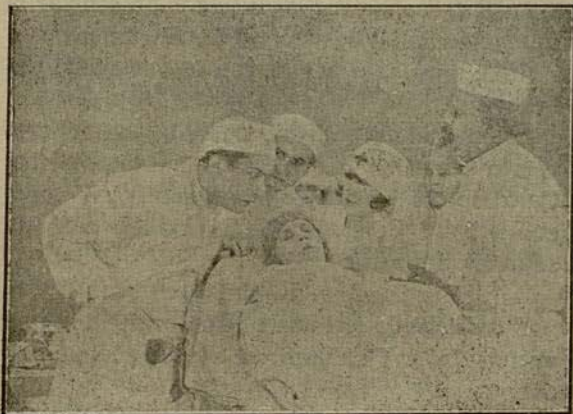
Por casualidad correspondió á Ortega hacer la primera guardia.

De modo que Carlos estuvo por la noche



solo con la operada, con la mujer ideal de su vida.

En la alcoba, bajo las blancas ropas del le-



Pero sus compañeros notaron su palidez...

cho, se esbozaba la maravilla del cuerpo amado. Aquel cuerpo que Carlos se imaginó sueño de castidades y lo veía herido, lacerado, desnudo.

Su corazón le delataba el misterio de la fuga. No era ella la culpable. Fué él con su amor de tormento, forzador de la revelación, quien la obligó á huir...

Carlos llamó á Margarita por su nombre y ésta reconoció su voz.

—¡Oh!—clamó la sin ventura, súbitamente agitada por el temblor de un hondo pesar.

Antes de llegar á esto ella hubiera preferido morir en la operación.

Carlos, con dulzura, la susurró:

—Te quiero... *Ambarina*... Santa Margarita... Cien veces Santa... Calla... Soy yo... Tu Carlos que no se apartará más de aquí...

Las escenas subsiguientes eran para romper el alma.

Margarita y Carlos, olvidados de todo lo que les rodeaba, lloraron mucho tiempo.

Terminada su guardia, Carlos fué á comprar una muñeca para su enferma.

Ella, al volver á la vida, prefería la muerte, aterrada ante la creencia de que se había descubierto su secreto en Valdeflores.

El Amor y la Muerte, las divinidades que rigen el mundo, se habían dado cita ante el lecho de tortura. El amor decía: «Vive... Tienes ante tí el amado». La muerte gritaba: «Ven... Yo soy el descanso... Muere pensando en él...»



Margarita, Santa Margarita, obedeció á la muerte.

Y al volver á la clínica, á la hora que le correspondía para reanudar su servicio, Carlos vió al doctor Arroyo muy excitado. Le preguntó la causa.

—¡Es una local!... ¡Ha comprometido mi fama!... ¡La *Ambarina* ha roto sus vendajes y suturas y se ha matado!

Como repentinamente loco, Carlos entró en la habitación de la sin ventura, quien, con la muñeca en los brazos, murió pensando en él y rezando como lo hacía en Valdeflores... "*Padre Nuestro que estás en los cielos...*"

Y en sus labios se dibujó la sonrisa de la Santa.

Junto al lecho de la pecadora, sólo otra pecadora pedía misericordia para las que sin amor y sin ventura pasan por la vida.

Carlos, soltando su inmenso dolor, se abrazó al cuerpo de la amada sin vida, y gritó con desespero:

—¡Márgaral!... ¡Soy yo!... ¡Tu Carlos!... ¡Despiertal!...

El doctor Arroyo y una enfermera forcejearon con Carlos para separarlo de la muerta.

¡Pobre muchacho! Daba lástima verle en

aquel estado absolutamente en el dominio de la demencia.

Y su razón huía... huía despavorida, como



Y su razón huía... huía despavorida...

si temiese llegar tarde á la cita trágica que allá en las regiones del Misterio le había dado el alma de *Ambarina*.

El doctor Arroyo, en un supremo esfuerzo,



arrancó de allí á Carlos y éste, más excitado, seguía gritando, á medida que era empujado hacia otra habitación:

—¡Ambarinal... ¡Santa de Valdeflores!.. ¡Margarital.. ¡Virgen de mi alma!..

Y en todos los rostros se dibujaba una contracción de piedad, de piedad inmensa ante tan vivo dolor de aquel compañero, de aquel muchacho...

\*  
\*\*

Pero la vida sigue... Julio Monreal, galante, amable, cultivaba otra mujer...

—Tú serás la elegida de la fama... Los hombres enloquecerán por tí... Serás feliz... Yo sé mucho de eso...—le había prometido.

Entretanto, allá en el pueblo, entre incienso y flores, las gentes oraban á una Santa á través de los ojos misteriosos de la Sin Ventura.

Y así acaba la novela.

---

(Prohibida la reproducción sin mencionar procedencia)

---

Este número ha sido sometido á la previa censura militar

---



---

Talleres Gráficos E. VERDAGUER MORERA  
Topete, 2 al 16 — Tarrasa



## La Novela Semanal Cinematográfica

### Números publicados

1, No hay juegos con el amor (3 ediciones). 2, El Valle Florido. 3, Amor de madre. 4, La Virgen de las Rosas. 5, La culpa ajena. 6, De hombre á hombre. 7, Una mujer. 8, Pesadillas y supersticiones (extraordinario). 9, Desinterés. 10, El Hábito. 11, Jimmy Sansom, El Aventurero. 12, La primera novia. 13, El pequeño Lord Fauntleroy (primera jornada). 14, El pequeño Lord Fauntleroy (segunda jornada). 15, La tormenta. 16, Flor de amor. 17, La Pantera Negra. 18, Bajo dos banderas. 19, Corazón de lobo. 20, Sueños juveniles. 21, El mundo y la mujer. 22, Corazones humanos. 23, El premio gordo. 24, La desconocida. 25, Robín de los bosques (extraordinario). 26, La Verdad Desnuda. 27, El octavo no mentir. 28, Cleo la francesita. 29, La hija del pasado. 30, La chica del taxi. 31, La hija de los traperos. 32, El príncipe escultor. 33, Llovido del cielo. 34, Mujeres frívolas. 35, Al calor del hogar. 36, Sapho. 37, Directo de París. 38, Lo que vale una mujer. 39, El Valle de los Gigantes. 40, La sombra del padre. 41, Madame Morland (extraordinario). 42, Un juego peligroso. 43, De mal agüero. 44, Veintitrés horas y media de permiso. 45, El delincuente. 46, La hija del arrabal. 47, El rancho del oro. 48, El falsario. 49, De los confines del silencioso Norte. 50, Entre hielos. 51, La Rosa de Nueva York (extraordinario). 52, El precio de la belleza. 53, Contra viento y marea. 54, No me olvides. 55, En los jardines de Murcia. 56, Sacrificio de amor. 57, Eugenia Grandet. 58, La Bohème (extraordinario). 59, ¡Pobre Violeta! 60, Realidades de la vida. 61, ¡Estaba escrito! 62, Las dos huérfanas. 63, El pescador de perlas. 64, La sin ventura (extraordinario).

### Postal-fotografía:

1, Douglas Fairbanks. 2, Mary Pickford. 3, Charles Chaplin. 4, Perla Blanca. 5, Antonio Moreno. 6, Priscilla Dean. 7, Eddie Polo. 8, Mary-Douglas. 9, Francesca Bertini. 10, Harold Lloyd. 11, Constance Talmadge. 12, Frank Mayo. 13, Marie Prevost. 14, Ben Turpin. 15, Pina Menichelli. 16, Livio Pavanelli. 17, Norma Talmadge. 18, Tom Mix. 19, Gladys Walton. 20, Aimé Simon Girard. 21, June Caprice. 22, Sessue Hayakawa. 23, Alice Brady. 24, Georges Biscot. 25, Hesperia. 26, Harry Carey. 27, Mary Miles Minter. 28, Charles Ray. 29, Ruth Roland. 30, William Duncan. 31, Pola Negri. 32, Wallace Reid. 33, Elena Makowska. 34, Jorge Walsh. 35, Viola Dana. 36, Camilo de Riso. 37, Alice Terry. 38, Hoot Gibson. 39, Clara Kimball Young. 40, Lee Moran. 41, Maria Jacobini. 42, William S. Hart. 43, Tsuru Aoki. 44, Herbert Rawlinson. 45, Betty Compson. 46, Jackie Coogan. 47, Dorothy Dalton. 48, Larry Semon. 49, Mabel Normand. 50, Gustavo Serena. 51, Marie Dupont. 52, Alberto Capozzi. 53, Leatrice Joy. 54, Charles Hutchison. 55, Gloria Swanson. 56, Rodolfo Valentino. 57, May Mac Avoy. 58, Mario Bonnard. 59, Eva May. 60, Milton Sills. 61, Margaret Livingston. 62, Ermete Zacconi. 63, Mae Murray. 64, «Snub» Pollard.

## Los lectores de Madrid

han de saber que la casa

MANUEL CASTRO - Mazarredo, 4

posee stock permanente de los números publicados siendo de los primeros en recibir las reimpresiones que hacemos y tiene puestas á la venta las tapas para los tres tomos de las novelas publicadas.

Tenemos además lujosamente encuadradas las 22 primeras novelas al precio de **Pesetas 7'50 el tomo**, con un sobre conteniendo las postales. — ACEPTAMOS ENCARGOS.



---

## Aviso importante

Nuestros distinguidos lectores pueden ya adquirir las elegantes tapas que hemos confeccionado, para encuadernar en tomos, las novelas publicadas hasta fin de año, como sigue:

- Tomo I — del 1 al 22
- » II — del 23 al 43
- » III — del 44 al 64

al precio de Ptas. 1'25 cada tapa.

Para facilitar la encuadernación de los tomos, hemos concertado un arreglo con un especialista, y la Sociedad General Española de Librería, Barbará, 16, Barcelona, recibirá las colecciones completas que se deseen encuadernar (hasta el n.º 64, ó sean tres tomos), y en este caso el precio de las tapas y la encuadernación impecable sería de Pesetas 1'75.

**PEDIDOS Y ENCARGOS:** En los quioscos y puestos de venta de costumbre y en la Sociedad General Española de Librería, Barbará, 16, Barcelona.

---